

UNA ACTITUD EXIGENTE PARA LOGRAR LA PAZ

Se dice que se abre una nueva oportunidad para el fin de ETA. Se está produciendo una amplia escenificación para mostrar al país la autenticidad de esta expectativa. En este marco, la actitud más adecuada es la de evaluar el alcance de la oportunidad de paz desde dentro, desde la aceptación de la probabilidad del fin de ETA.

Pero, la experiencia aconseja evitar el voluntarismo inocente. Hay que ser conscientes que el eventual fin de ETA se plantea en el contexto de un juego de estrategias. Y si este enfrentamiento de estrategias es inevitable, la pregunta es cómo evitar que el proceso de fin de ETA, el logro de la paz, traiga como consecuencia un conjunto de ganancias estratégicas partidistas que falseen el sentido de la voluntad popular democrática. Nosotros tenemos claro, por eso, que la gestión política del fin de ETA debería realizarse al amparo de una estrategia que se escape de las tentaciones partidistas y subraye su carácter popular y democrático. Con este artículo pretendemos delinear la visión que tenemos de esa cuestión que, a nuestro modo de ver, es clave para afrontar con éxito la consecución de la paz.

En primer lugar, **el protagonismo de la sociedad y, por delegación de ésta, de sus instituciones.** Un modelo de gestión de esta naturaleza, popular y democrática, sólo se puede basar en la participación de la sociedad vasca, que debe conocer de cerca y resolver los temas que forman parte de las agendas de la paz. Y, aunque parezca al contrario, la agenda de la paz no requiere una liturgia extraordinaria. Forma parte, de hecho, de las obligaciones de gestión que el pueblo ha encomendado continuamente a sus instituciones. Un proceso de fin del terrorismo, se presente en la forma que se presente, no debe ser ajeno a esa realidad democrática en que se enmarca, que es fruto del consentimiento de la mayoría vasca.

A estas instituciones, a las instituciones vascas, les corresponde la iniciativa de preparar y modular la agenda política vasca y organizar la participación popular. Y a esta participación han sido convocados todos los vascos sin exclusiones, hasta la reciente y lamentable etapa de ilegalizaciones que ha afectado a las marcas de la izquierda vasca radical.

Estas instituciones vascas, a las que corresponde la misión de organizar la participación cívica deberían promover de manera permanente oportunidades de revisión, actualización, reforma o modificación de nuestras condiciones de convivencia, abiertas siempre a la integración de los disconformes. Pero también les corresponde extremar la vigilancia para que el desarrollo democrático de dichas oportunidades no se vea perturbado, impedido o manipulado por intereses fácticos o no democráticos (sean del grupo terrorista ETA o de cualesquiera otros agentes ajenos al interés general que podrían pretender tutelar el porvenir del país).

En segundo lugar, todo **modelo de convivencia** acarrea costes. Revisar, reformar, actualizar o modificar el mismo no va a conseguir evitarlos. Nuestra elección siempre será por asumir dichos costes, premisa necesaria para apostar por un modelo social y nacional que se apoya en un esfuerzo de integración permanente de los disconformes, a través del diálogo y la práctica democrática. No creemos, sin embargo, en el triunfo de una parte de la sociedad (aunque fuera la mayoría) si de ello se dedujera una amenaza real para la otra.

Creemos, en todo caso, que una política de integración democrática consiste en estimular, en el contexto de la relación cotidiana, actitudes y conductas recíprocas que favorezcan el reconocimiento, el diálogo y el compromiso con la convivencia plural frente al rearme de los antagonismos y el frentismo. En esa línea, esta acción de adaptar la convivencia democrática a la pluralidad conllevará más pronto o más tarde la derrota del relato que justifica la decisión de los que recurrieron y todavía recurren al terrorismo.

En tercer lugar, ¿es la llamada **desmilitarización de ETA** (que no entendemos como armisticio, sino como desarme unilateral e incondicional) una mera cuestión técnica, ajena a nuestras instituciones y nuestra sociedad? La respuesta, para nosotros, debería de ser un NO categórico. Aportamos, al menos, dos razones. La primera es de índole técnica; es un hecho que las instituciones vascas tienen recursos para participar en la verificación material de un final de las armas. La segunda, encuentra su razón en satisfacer con un nivel mínimo de exigencia las expectativas sociales; es decir, un acuerdo de desarme de ETA debe ser autenticado desde abajo, desde el último ámbito de nuestra sociedad.

Este es nuestro guión. Somos partidarios de trabajar cada oportunidad concreta y, específicamente, esta oportunidad concreta de paz. Y lo vamos a hacer desde una posición exigente que evitará competir en la carrera de brindis elogiosos en el que algunos se pierden tras cada puesta en escena que protagoniza la izquierda abertzale. Nuestra posición, por último, será meticulosa y exigente y busca conseguir que el fin de ETA se materialice definitivamente, encarrilándose desde su mismo inicio a través de la vía democrática.

2010/05/19

Martín Beramendi, Joxan Rekondo